

XXXVIII.

El regreso de Jacobo.

No hay nada más dulce en la vida moral, como en la física, que el momento en que despues de una desesperacion completa se empieza á esperar un poco, y en que despues de la tempestad y del rayo vuelve el cielo á serenarse y á ponerse azul.

Pues bien, á Eva le sucedia eso; la prediccion del loco le habia producido el efecto moral; el sol produjo el efecto físico.

Bajó la escalera, abrió la puerta del jardin y puso el pié en el terreno seco.

Como hemos dicho, quedaban todavía algunas gotas de agua en las hojas y en las flores, y se aspiraba ese doble aroma que emana de la naturaleza cuando triunfa el sol del trueno y de la lluvia.

Se detuvo en la entrada un momento; desde allí abarcaba su mirada todo el recinto. En la serena atmósfera se notaba ese virginal no sé qué anuncio de la primavera.

Marzo, el precursor, es algunas veces uno de los meses más encantadores del año á pesar de sus granizos, borrascas y vendabales.

La lluvia en Octubre anuncia el invierno; en Marzo, las brisas suaves y los dias risueños.

Eva se internó por el césped, que dos horas antes estaba empapado y que el sol habia secado por completo.

Entre el césped se veian algunas modestas margaritas, algunos tímidos capullos de oro.

Las orillas del arroyo se alfombraban con musgo primaveral, en el cual se agitaban los primeros átomos de la vida vegetal.

El estanque todavía estaba turbio, pero empezaba á filtrarse, y por último, el árbol de la ciencia del bien y del mal, el hermoso manzano, que estaba en el sitio más elevado del jardin, antes de ostentar sus primeras hojas, mostraba ya algunas flores.

Si se hubiera apoyado el oido contra el suelo, seguramente se hubiera oido fermentar la vida y prepararse las flores de la primavera y los frutos del verano.

Eva se abrazó al manzano y besó sus ramas bermejas. El manzano y el arroyo en donde se miró por primera vez eran sus más antiguos amigos. Despues en la gruta de las meditaciones contempló el estanque de agua límpida en donde se bañaba en los ardientes dias del estío, y en el que empezó á ruborizarse demostrando que no solo se desarrollaba su inteligencia, sino que tambien se tornaba mujer.

Bajó hasta el emparrado; allí todavía no empezaba á manifestarse la vida, porque la parra, que contiene esa sangre vegetal que tiene tanto parecido con nuestra sangre, es la última que se despierta de su letargo; entre los chaparrales todavía no se escuchaba el canto del ruiseñor, pero en cambio habian dado ya albergue á otros rústicos cantores para alegrar con sus cantos el silencio de los otros pájaros y la ausencia del sol en los dias sombríos.

Con frecuencia Eva se divertia los dias aniversario de su cumpleaños en mirar aquel huésped familiar; así es que se acercó al matorral. ¿Seria un nuevo habitante del jardin, ó la habria conocido en los dias de su felicidad?

Se puso tan cerca que le pareció la reconocia y queria festejar su vuelta.

Eva habia recobrado su paraiso, pero su paraiso triste y desierto á causa de su falta, y en el que ella aguardaba temblando, más de temor que de cariño, no á Adan, no al cómplice de su falta, sino al ángel con la espada exterminadora, que llegaba de parte de Dios para castigarla ó para perdonarla.

Aquellos rayos de sol eran la sonrisa de Dios, ó el suave calor de un astro insensible que cumplia su mision.

Interrogaba todo el misterio del perdon en el globo luminoso

que se adelantaba palideciendo hácia Occidente, en la nube purpúrina, en la flor que brotaba antes de la hoja, en todo, hasta en el pájaro que se acercaba en aquel momento de silencio, ó se alejaba al menor movimiento.

En ninguna parte encontraba la seguridad del bien ni del mal, sino duda siempre.

El *quién sabe* de Montaigne se extendía como un velo sobre la naturaleza, y era cada vez más espeso entre ella y el porvenir.

Una voz la llamó.

Era la de Marta: era de noche, habían dado las cuatro, y Marta, puntual como el reloj, la advertía que la comida estaba preparada.

Allí la aguardaba una soledad más grande.

Sucedía con frecuencia que, sumido en trabajos científicos, ó en resolver un problema, Jacobo no bajaba á almorzar y suplicaba á Eva se desayunara sola, en cuyo caso Eva sabía que solo les separaba un techo y que Jacobo estaba allí; pero á la hora de comer siempre estaba Merey presente, porque era su hora de distracción, hora en la cual encontraba á Eva, que, efecto de algun trabajo nuevo, que llamaba toda su atención, había estado ausente de él intelectualmente.

La volvía á ver con los ojos y la encontraba en su corazón, y su rostro, turbado por el estudio, adquiría como el de un niño la felicidad y la serenidad.

No estaba allí; no era un estudio de ciencia lo que le mantenía lejos de ella, sino su voluntad. ¿Llegaría pronto?

¿Cuándo llegaría? ¿Qué haría con respecto á ella?

Era la pregunta eterna que se dirigía, buscando en vano la respuesta, y que volvía á caer sobre su corazón como la roca de Sísifo.

XXXIX.

Regreso de Jacobo.

Lo mismo que el almuerzo encontró Eva la comida: era la misma que si Jacobo hubiera estado, y solo un cubierto ménos indicaba su ausencia.

Eva comió poco, y solo al levantar el mantel se fijó en ella Marta.

—¡Oh, Dios mío! dijo, ¡qué poco habeis comido, señorita!

—No es que he comido poco, sino que he estado sola, contestó Eva.

—¿Qué haré de lo que ha quedado? preguntó Marta.

—Mañana llamareis á una pobre y se lo dareis para ella y sus hijos.

—¿Y continuaré poniendo la misma comida?

—Sí, replicó Eva; los pobres comerán su parte; y no tengas cuidado, querida Marta, no se quejará por ese aumento de gasto; ya veis que no será perdido.

—Teneis razon, señorita; ¡era tan bueno antes!...

—Todavía es hoy mejor; te lo aseguro, Marta.

—Eso no es posible.

—¡Oh! espero que así sea, dijo Eva levantando los ojos al cielo.

Después de comer subió al laboratorio y puso una luz para que se viera desde fuera.

—Pero, señorita, dijo Marta, van á creer que el señor doctor ha llegado.

—Direis á los que vengan, mi buena Marta, que no ha llegado, pero que va á llegar, y los pobres sabrán que tendrán un protec-

tor contra los males que puedan amenazarles, y hasta contra el bien que no saben apreciar, contra la muerte.

—¿Por qué decís esas cosas desde que habeis vuelto, señorita? preguntó Marta; antes de marchar no os lo habia oido.

—Marta, yo no me fuí, me llevaron. He estado tres años sin ver al que era todo para mí; mi Dios, mi dueño, mi rey, mi ídolo, el único hombre á quien he amado y el que amaré siempre.

Ella sin duda pensó añadir: «y que ya no me ama;» pero el pudor ahogó aquel grito.

Puso la bujía en el sitio que Jacobo ponía el quinqué, y continuó soñando en el laboratorio débilmente alumbrado.

La estrella de los pobres ya la habian visto estos: antes que Eva bajara oyó llamar dos ó tres veces á la puerta de la calle.

Eran dos desgraciados que se acogían al faro salvador, y que se marchaban medio consolados al saber que no habia llegado, pero que pronto llegaria á Argenton.

Eva bajó dejando encendida la luz, y guiada solo por los rayos de la luna, que esa noche era espléndida; pero encontró á Marta, que la esperaba en su habitacion.

La anciana desconocía á la jóven triste y caprichosa, que habia sustituido á la gozosa niña de otro tiempo.

Dos ó tres veces estuvo para dejar escapar su secreto delante de Marta: ese secreto era el motivo de su tristeza, y Marta hubiera deseado saberlo, porque creía poder consolarla.

Eva no podía ser quien no amara á Jacobo; al contrario, su cariño se habia transformado en una especie de religion; pero tampoco Jacobo podía haber dejado de amarla, porque ¿cómo era posible no querer á la adorable niña, que estaba más encantadora que nunca?

Marta dejó que el tiempo aclarase el misterio: no podía tardar mucho en saberlo, porque Jacobo llegaria de un momento á otro.

Le pareció que Eva estaba más tranquila que la víspera, y Marta atribuyó ese cambio de la jóven á la próxima llegada de Jacobo.

Eva la preguntó por las jóvenes sin fortuna y las ancianas pobres.

Como siempre, la caridad era la base de sus acciones.

Se informó del número de niños que podrían reunir en una escuela gratuita para ambos sexos, y averiguó cuántos ancianos recurrían á la caridad pública.

Nadie mejor que Marta podía darle aquellas noticias.

La rogó que apelara á su memoria durante la noche, y que la ayudase al día siguiente á formar una lista de los desgraciados que necesitaban socorro. Ya vemos que Eva no necesitaba el regreso de Jacobo para emprender su piadosa mision.

Marta se separó de ella á la una de la madrugada. Su sueño fué tranquilo, y á la mañana siguiente, en la misma mesa del comedor encontró tinta, papel y plumas para formar las listas.

El día se empleó en aquel trabajo, lo que hizo pasara con más rapidez.

Por la tarde vieron que habia sesenta ancianos, hombres y mujeres, para que entraran en el hospital, cincuenta niños para ser educados en la escuela y treinta ó cuarenta infelices á quienes socorrer en su casa.

Después de hecho este informe, bajó Eva al jardín; le pareció que desde la víspera se habia secado el césped y las flores del manzano habian abierto más, que las orillas del arroyo estaban más verdes y que el cantor, al lado del chaparral, estaba más gozoso y familiar.

Lo mismo que el día anterior, recibió la visita de Bautista y de Antonio, los que la anunciaron que los pobres pensaban festejar el regreso de Jacobo Merey.

Eva se preguntó á sí misma, sin poder encontrar respuesta, por qué los pobres amaban siempre á los buenos y por qué lo que se llama *gente distinguida* no tenia entusiasmo alguno por los filántropos.

Por la noche aguardaban más de cincuenta personas la llegada de Jacobo Merey; pero su esperanza salió fallida, y fué preciso dejar para el día siguiente la ocasion.

Eva reflexionó que no necesitaba esperar á Jacobo para empezar á desempeñar su papel de hermana de la Caridad.

¿No la habia dado Jacobo un bolsillo con veinticinco luises, con la mitad de los cuales podia socorrer muchas necesidades?

Se envolvió en una capa, y acompañada de Marta fué á diez ó doce casas, en las que su presencia era muy necesaria.

El invierno de 94 á 97 habia sido muy frio, y por consiguiente, la miseria era muy grande.

La primera visita de Eva dejó la huella del bienestar en la poblacion.

El panadero recibió la orden de llevar sesenta panes á domicilio y el tabérnero sesenta botellas.

Se informó de los niños que no estaban abrigados para la estacion, y mandó hacer quince ó veinte trajes de paño lo más fuerte que pudo encontrar.

El dia pasó con una rapidez increíble para Eva; no pudo ménos de comprender que el papel de bienhechora era la mejor distraccion para el corazon.

Se vió dirigiendo dos ó tres casas de asilo y de caridad, y se dijo que se habia expuesto una expiacion que seria una felicidad suprema.

En medio de sus reflexiones, empezaba á comprender los secretos de la miseria, que hacen estallar de júbilo los corazones de aquellos que pueden consolarlos y socorrerlos.

Como no se trataba de inspirarla una piedad rebelde, no procuraban engañarla.

Le referian todo como era, y le parecia siempre digno de su interés, casi de sus lágrimas.

Habia llegado hacia tres dias y ni una sola casa de Argenton ignoraba que habia vuelto la pupila del doctor y que este tambien debia volver.

Los que la habian visto aseguraban que estaba más bella que nunca, pero muy triste.

Aquellos que ignoraban su historia y el por qué habia vuelto, creian que su tristeza era por la muerte de su padre y la pérdida de su fortuna; esto último daba lugar á mil conjeturas, porque la veian repartir limosnas y pagar todo en oro.

Ignorándose en Argenton á cuánto se elevaba la fortuna del doctor, y habiéndole visto siempre vivir con la economía de un hombre que tuviera cien luises de renta, hacian los cálculos más extraños.

Decian, lo que era verdad, que habia estado en América y que habia hecho fortuna; pero solo era cierto que aumentó la suya.

Decian que habia encontrado un tesoro en las grutas de San Emilion, en donde estuvo refugiado cuando la proscripcion de los girondinos.

Tambien añadian que en los Estados-Unidos se hizo amigo de un yankee muy rico, quien le dejó su fortuna; pero lo indudable para todos era que volvia á Argenton rico para hacer partícipes á los pobres de aquella fortuna.

En cuanto á la señorita de Charelet, como vieron á Juan Muiier presentarse en Argenton hacia algun tiempo y tomar registro de sus bienes, no creyeron seria para devolvérselos á la legítima propietaria; por consiguiente, pensaron estaba arruinada y que vivia á cargo de Jacobo Merey.

Pero de todo esto resultaba que Eva era muy buena, y no dudaban de sus intenciones, aunque fueran por cuenta de Jacobo.

Bautista y Antonio, á quienes habia consultado Eva para formar las listas, esparcian aun más los rumores de los proyectos filantrópicos de Jacobo y de su pupila.

Llegó la hora en que la diligencia pasara por Argenton.

Lo mismo que la víspera y la antevíspera aguardaba parte de la poblacion en la casa en donde paraba para mudar tiro.

Pero entonces no salió frustrada su esperanza.

Cuando vieron bajar al doctor resonaron por todas partes los gritos de ¡Viva Jacobo Merey! Antonio y Bautista llevaban antorchas, y toda la poblacion con hachones rodeó al doctor y le condujeron entre vivas hasta su casita.

Eva y Marta hacia un rato que oian aquellos gritos, pero solo Eva adivinó lo que era; cuando se acercaban ya á la puerta, Marta llamó á la jóven para que se asomara y viera lo que podia ser.

Pero Eva, que habia adivinado, temblorosa como la noche en

que le habia vuelto á ver, no se atrevia ni á alejarse por temor de las conjeturas, ni á presentarse, y esperaba detrás de la puerta la entrada de su juez.

La anciana Marta comprendió que era á su amo á quien vitoreaban; abrió la puerta y esperó en el umbral levantando las manos al cielo, y diciendo:

—¡Oh, es mi amo, mi querido amo! Señorita; ¿en dónde estais? Venid, señorita, ¿que dirá cuando no os vea aquí?

Pero para Eva, aquella voz llena de ternura y de gozosa simpatía, era la voz del arcángel que lanzaba este terrible grito:

«Tierra, devuelve tus muertos.»

¡Oh! sí, en aquel momento hubiera deseado estar entre los millares de muertos que aparecerán delante del Señor más blancos que sus sudarios. Oyó á Jacobo dando las gracias á los habitantes de Argenton; cada palabra de aquella voz adorada conmovia todas las fibras de su alma; Jacobo entró y cerró la puerta.

A medida que se habia ido acercando á la casa, habia subido Eva un escalon, de modo que al entrar el doctor no la encontró á su paso.

—¿No habeis visto á Eva? preguntó, procurando aparecer tranquilo é indiferente.

—Sí, querido amo, contesto Marta; hace un momento que estaba aquí, y ella fué la primera que adivinó que esas voces y gritos anunciaban vuestra llegada. La he visto casi desmayada apoyarse contra la pared, y tal vez estará indispuesta y se habrá retirado á vuestro laboratorio, en donde ha estado siempre desde que volvió.

Jacobo tomó la bujía de manos de Marta y subió rápidamente; pero á la puerta del laboratorio encontró á Eva de rodillas, en la postura de la Magdalena de Canova; se detuvo, y á pesar suyo apoyó la mano sobre el corazon para mirarla.

—¡Señor, señor! exclamó Eva, quisiera tener los aromas de la Arabia para perfumar tus piés; pero como no poseo más que mis lágrimas, aceptad mis lágrimas; y abrazó las rodillas de Jacobo Merey, y las besó con un trasporte tal, que no se podia decir si habia más humildad que amor, ó más amor que humildad.

Jacobo Merey inclinó la cabeza y la miró con piedad profunda; pero como tenia encorvada la cabeza hácia el suelo, no pudo ver la expresion de su semblante. Despues de un momento de silencio la dijo tendiéndola la mano:

—Levantaos, y que la paz os acompañe.

Despues, besándola en la frente más con los lábios de un padre que con los del amigo, entró en su laboratorio y cerró la puerta, dejándola en la escalera.

A pesar de que su voz era más bien dulce que irritada, aunque sus movimientos no manifestaron disgusto ni indiferencia, el corazon de Eva se oprimió, y derramando un torrente de lágrimas entró en su cuarto.

Durante las dos ó tres primeras horas de la noche no pudo dormir, y escuchó los pasos de Jacobo Merey, que resonaban encima de su cabeza con esa lentitud del hombre pensativo.